



Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

Alexis Koskas tiene un trabajo respetable en un banco privado y una hija de dieciséis años a la que adora, Clara. Cuando la adolescente sufre un accidente que la deja en coma, la vida de Alexis da un vuelco. La situación lo lleva a retomar el contacto con su ex mujer, Marie, y mientras la angustia los acerca nuevamente tras años de resentimiento y frialdad, él deja su trabajo y se inscribe en el taller de escritura impartido por Eric Ruprez, autor ignoto de una única novela de la que no queda ni rastro. Una sensación de culpa invade, entre tanto, a todos los que creen haber interferido, de un modo u otro, en el curso de los acontecimientos, empujando a Clara a un trágico destino. Ocho meses y ocho días después del accidente, el alivio llega cuando la joven por fin abre los ojos.

Clara despierta y, sin embargo, ya no es la misma. La que antes era una adolescente alegre y despreocupada, observan sus padres, ahora es una persona introvertida y distante cuyo comportamiento no consiguen descifrar. Su secreto no tarda en salir a la luz: de la frontera entre la vida y la muerte, Clara regresa con el don de la clarividencia. Tiene revelaciones sobre el pasado y el futuro de los otros, y su capacidad para predecir lo que va a ocurrir la

convierte en una chica admirada y temida a partes iguales por quienes la rodean. Con extraña naturalidad, sus visiones se imponen y la guían por un mundo cuyo sentido profundo aprende a comprender. Desde una tumba en Roma, erigida por el escultor William Wetmore Story para su amada, a una librería de viejo, donde está el único ejemplar de la novela de Ruprez que su padre ha buscado en vano, Clara ve más allá de lo evidente y adivina los hilos que enlazan vidas y tiempos distantes. Una escultura del siglo XIX puede conectar con la historia de amor, fracasos y desdicha del que alguna vez fue un escritor en ciernes, y en los diarios de Franz Kafka quizá se esconde alguna clave para desentrañar el misterio en torno al silencio tenaz y hostil de Ruprez y su renuncia a la escritura cuarenta años atrás.

Las visiones y los vaticinios no son el único talento de esta joven cuya vida, desde el accidente, se ha transformado, como la de todos los seres queridos que orbitan a su alrededor. Porque Clara no solo predice el futuro; si se lo propone, también lo despierta: basta un pequeño empujón, mover alguna ficha, para influir en el destino de los otros y entreabrir una puerta a las nuevas oportunidades.

CLAVES DE LA NOVELA

Desde la publicación, en 2009, de *La delicadeza*, finalista de los premios más prestigiosos de Francia y traducida a más de treinta lenguas, David Foenkinos se ha consolidado como una figura imprescindible de la literatura contemporánea francesa. Aclamado por la crítica y por millones de lectores, con *Charlotte*, su novena novela, obtuvo el premio Renaudot y el Goncourt des lycéens, y a esta obra le siguieron varias ficciones más que fueron recibidas con idéntico entusiasmo. Que todos aman a David Foenkinos, parafraseando el título de su nueva novela, a esta altura, sin duda, no es una novedad. Si alguien aún se pregunta cuál es el motivo de que esta admiración se renueve novela tras novela, alcanza con comenzar a leer *Todos aman a Clara* para entender que

la clave radica en que, además de ser un perspicaz observador de las emociones, Foenkinos se desliza entre el drama, el humor y la ternura sin esfuerzo aparente, entrelazando, en esta ocasión, con tanta delicadeza como ironía los hilos de una historia que, bajo una pátina de sencillez y ligereza, se revela como una reflexión inteligente y conmovedora acerca del destino, el amor, la escritura y los contornos de la razón.

Como es habitual en el singular universo ficcional de David Foenkinos, en *Todos aman a Clara* no faltan los personajes ligeramente inadaptados, con un pie en el fracaso y otro en la promesa de una felicidad que se muestra esquiva. De un banquero cuya ordenada existencia, en pocas horas, se derrumba, a un escri-

tor que renuncia a su vocación, pasando por una heredera rica y caprichosa que necesita expiar la culpa, una alumna de instituto que se sabe condenada a ser la número dos y una productora de cine que busca en el amor algo más trascendente que un matrimonio previsible, son muchos los personajes que, entre la frustración y la melancolía, ven como el sentido de sus existencias, a menudo, se escurre. Sus vidas han ido conectando por azar —un azar interpretado, a veces, como predestinación— y en el centro del coro que conforman hay una adolescente: la pieza que, al balancearse, desencadena un efecto dominó capaz de transformar todo a su alrededor. Su accidente repercute, por supuesto, en las vidas de sus padres, pero también en la de una serie de personajes que, aunque no siempre tienen un vínculo directo con ella, se sienten interpelados por una tragedia que, como todo punto de inflexión, los conduce a pensar en bucle qué hubiera pasado si la secuencia de acontecimientos hubiese sido otra, mientras analizan «hasta la locura la acumulación de motas de polvo que destruyen un destino». Los mecanismos de la culpa, entonces, se activan y, desde la clienta con la que Alexis estaba cenando esa noche a la mejor amiga de Clara, superviviente del accidente, varias figuras se debaten entre una inquietante sensación de responsabilidad y la necesidad de acallar esa voz intrusiva, convenciéndose de que la fatalidad organiza los hechos. Aquí y allá, el azar hace y deshace vidas; y ante esa fuerza misteriosa, cuya expresión más brutal es un accidente casi mortal, no es fácil determinar hasta dónde llega la capacidad

de control de las personas, y a partir de qué punto no hay más que predestinación o, si se quiere, el consuelo de que, bajo la fórmula del destino, la casualidad se ordena y adquiere sentido. En la frontera resbaladiza entre azar, destino y libre albedrío, transcurre una novela donde el accidente de Clara conecta, a través de conductos inciertos, con el de Lady Di, noche en la que se conocen Alexis y Marie; un escritor, a su vez, va a entregar el manuscrito de su segunda novela, una historia de amor apasionada y efímera entre un joven y una mujer mayor, el día en que a Marguerite Duras le conceden el Goncourt por *El amante*. Las coincidencias, más o menos felices, proliferan a lo largo de la obra, y mediante ellas, David Foenkinos se asoma a una realidad cotidiana, banal incluso, que se proyecta, con naturalidad, hacia el misterio y lo improbable. Su gran acierto consiste en que, lejos de recurrir a las fórmulas de la fantasía o lo real maravilloso, elige permanecer en el límite mismo, una línea muy delgada y desconcertante, entre lo posible y lo sobrenatural, indagando desde ahí en los resortes profundos que mueven a la razón cartesiana y a su contrario, el pensamiento mágico. Resortes que, en las orillas de la normalidad, revelan ser los mismos: la búsqueda incesante de consuelo y de sentido.

Del umbral con la muerte, Clara regresa con una sensibilidad renovada y un don improbable. Cuenta David Foenkinos que en este episodio vuelca, en parte, su propia experiencia cercana a la muerte en la adolescencia, cuando a los dieciséis años un problema de pleura lo obligó a pasar una larga temporada en un hospiti-

tal. Fue en ese momento cuando la literatura se le presentó como un refugio, y sin dudarlo, se sumergió en la lectura compulsiva de obras que terminarían influyendo en su carrera literaria. Al igual que él, tras salir del coma, Clara deviene una lectora voraz: los libros, sin embargo, no la empujan a la escritura, sino que la guían hacia el conocimiento de su don y la voluntad de mover algunos hilos que trastocan el curso de la vida de Eric Ruprez. En cierta forma, la joven, aunque no escriba, se comporta como un autor que impulsa y orienta a sus personajes, sin dictar del todo sus acciones, pero con una visión panorámica que le permite enlazar los hilos del pasado y el presente, y vislumbrar un futuro que ella, en cierta medida, propicia. Después de estar ocho meses entre la vida y la muerte, Clara ahora se debate entre las visiones del pasado —una memoria vasta, involuntaria y prodigiosa— y la esperanza de la amnesia: su conflicto resuena con una frase de Patrick Modiano —«solo tenía veinte años, pero mi memoria era anterior a mi nacimiento»—, un escritor «cuya relación neurótica con los fantasmas» la conmueve especialmente. Fantasmas que, en su caso, la conducen hasta *El ángel del dolor*, el monumento funerario que el escultor William Wetmore Story realizó para la tumba de su esposa en Roma. Si la clarividencia de Clara desvela la conexión profunda entre pasado y presente, el arte, representado por esta obra escultórica, consigue atravesar siglos y rozar lo eterno: un monumento funerario, paradójicamente, inmortaliza el dolor de la pérdida. Entre escritura —o arte— y misticismo, se dice en la novela, existe un

vínculo: en ambos casos, trascender los límites de la razón y asumir lo indefinible es, quizá, el único modo de aproximarse a lo sublime.

Cuando Clara nació, después de una larga y angustiante búsqueda del embarazo, su madre supo que la niña no sería como las demás. Más cerca del milagro que de lo ordinario, su hija se convierte en el centro gravitacional de ella y Alexis. Años más tarde, mientras la adolescente yace en coma, Marie reparte entre los chicos del instituto camisetas que dicen «todos aman a Clara»: un modo de crear una red de afecto que, pensamiento mágico mediante, logre despertar a su hija. Clara se presenta, a su vez, como el personaje principal de una novela que orbita en torno a ella y su don, pero poco a poco se descentra para seguir, a la par, otra trayectoria igual de enigmática: la de Eric Ruprez y su renuncia a la escritura. Con ingenio, destreza narrativa y una compasión que no está exenta de ironía, David Foenkinos entrelaza estas historias, componiendo una obra que desgrana, además, el declive de un matrimonio y contiene varias historias de amor, desde pasiones efímeras hasta amores que trascienden la muerte, pasando por el amor paterno y aquellos encuentros fortuitos que, inesperadamente, abren la puerta hacia una nueva oportunidad. Porque los golpes de azar, en *Todos aman a Clara*, no solo tienen el poder de truncar destinos; son también el puntapié que impulsa a sobreponerse al dolor y a los fracasos del pasado a través de la escritura, el afán de belleza o una búsqueda espiritual: caminos que permiten cerrar un círculo para volver a empezar.

LOS PERSONAJES

CLARA KOSKAS

Hija de un matrimonio que pasa años intentando ser padres, Clara está destinada a ser, desde el día de su nacimiento, una criatura especial: la «ciudadana única de un reino consagrado a ella». Su nombre de pila es un homenaje a la película *Clara et les Chics Types*; en cuanto a su segundo nombre —Diana—, es un guiño a la célebre princesa que murió en un accidente la noche en que Alexis y Marie se conocieron. De ser una niña pícaro y vital a transformarse en la alegre y despreocupada hija de padres separados, parece ser una adolescente como cualquier otra. Pero a la salida de un concierto de Björk, cuando regresa a casa en coche con su mejor amiga y el padre de ésta, un accidente lo cambia todo: Clara pasa ocho meses en coma y al despertar, no tarda en darse cuenta que puede ver el pasado y vislumbrar el futuro de los otros; su vida, en cambio, es un punto ciego. Semejante don la convierte en una chica introvertida, reflexiva y solitaria, pese a que su popularidad se dispara cuando sus compañeros descubren que puede predecir desde las preguntas del próximo examen hasta los futuros romances. A ella, estas visiones bastante triviales apenas la atraen; lo que en verdad llama su atención son los destellos del pasado que la asaltan: la triste historia de amor de un escultor que no supera la muerte de su esposa; un manuscrito que, en 1984, va a parar a una papelera; los subrayados que un joven escritor hace en los diarios de Franz Kafka, y la caja de recuerdos que, décadas después, ese hombre continúa guardando en el sótano de su casa. Alcanza con atar algunos cabos para que Clara consiga predecir el futuro ajeno, y también propiciarlo, mientras, con ayuda de Olga, una vidente experta, continúa explorando un don que la lleva, finalmente, a emprender una búsqueda espiritual en la India.

«Por último, contó la anécdota del regalo de su padre, cómo se había sentido impelida hacia aquel libro. Olga preguntó: “Pero ¿por qué tenía tanto interés en leerlo?”. Clara contestó con los datos que manejaba: “El autor es su profesor de escritura. Al parecer era una novela muy difícil de conseguir...”. Clara describió la estupefacción de su padre cuando quitó el envoltorio; era comprensible, por supuesto, pero no le gustaba enfrentarse a la sensación de parecer tan peculiar, tan anormal. Ahora que había tomado conciencia de ello, deseaba desarrollar su don, pero sin que la considerasen un bicho raro. Clara volvería a reunirse con Olga a menudo y nunca olvidaría la frase con la que se despidió de ella aquel día: “No te hagas ilusiones. Nunca nadie volverá a mirarte con los mismos ojos”». (p. 137)

ERIC RUPREZ

Cada sábado, Eric Ruprez imparte un taller de escritura en el salón de su casa. No es mucho lo que sus cuatro alumnos saben acerca de este hombre reservado y de aspecto melancólico, que responde con sequedad cada vez que alguien pregunta por *El miedo a los segundos*, su única novela, publicada en 1982 y, como afirma Ruprez, imposible de conseguir. Qué lo ha llevado a dejar de escribir es un misterio que está empeinado en no revelar; pero cuando a Clara se le presenta una entrada de los diarios de Kafka, junto con algunas piezas dispersas del pasado del profesor, detrás de la renuncia a la escritura empieza a cobrar forma una historia en la que el amargo desenlace de una relación amorosa enlaza con el fracaso comercial de su primera novela, y esta decepción da pie a la angustia de las influencias, los celos literarios y, por último, al silencio. Cartesiano pesimista, Eric Ruprez debe ceder al poder de la joven vidente, que lo guía hasta una escultura en Roma, donde, cuarenta años después de abandonar la escritura, vuelve a encontrar la inspiración.

«El profesor estaba clavado ante el escaparate de la Librairie de Paris. Sí, allí estaba, inmóvil, con la mirada perdida, en el umbral de una librería. Como un hombre que temía meter el pie en un lago gélido. Durante algunas clases, a Alexis le había dado por pensar que el antiguo escritor era un chiflado con un sentido del humor un poco inglés. Costaba distinguir si Ruprez se tomaba a sí mismo demasiado en serio o no lo suficiente. Ambas opciones se fusionaban, tal vez, como la inteligencia y la necedad, el humor y la desesperación. Sin embargo, frente a aquella visión, Alexis ya no tuvo la menor duda. Estaba siendo testigo de la faceta profundamente melancólica de aquel hombre. Casi se podía detectar su dolor, ese dolor que solo sacamos a la luz en soledad». (p. 110-111)

ALEXIS KOSKAS

A los cincuenta años, el padre de Clara tiene una existencia ordenada: ha ascendido posiciones en un banco privado, lleva las cuentas de algunos clientes importantes, tiene una excelente relación con su hija, a la que adora; y después del duro golpe que, para él, ha sido la ruptura de su matrimonio, ahora tiene una relación estable a la medida de sus necesidades afectivas. Todo comienza a torcerse cuando, en lugar de acompañar a Clara al concierto de Björk, como habían planeado, Alexis debe ir a cenar con Clémence Durantel, una clienta con síndrome de pobre niña rica cuya cuenta no puede darse el lujo de perder. Cuando esa noche recibe la noticia de que su hija está hospitalizada, su vida, tal y como la conocía, salta por los aires. No puede evitar pensar que, si hubiese ido al concierto, el curso de los acontecimientos, sin duda, habría sido otro. Los remordimientos se apoderan de él, y también de Clémence, que dispuesta a expiar su culpa, le dona a Alexis una suma importante de dinero, gracias a la cual él deja su trabajo y toma una decisión insólita: inscribirse en un taller de escritura, confiando en que la literatura lo ayude a transitar su dolor. En medio de la angustia, Alexis supera, además, el rencor hacia Marie y vuelve a conectar con ella, mostrándose como el hombre racional, previsible y tierno que alguna vez la enamoró, precisamente, por esas características que, con el tiempo, la terminaron aburriendo.

«¿Qué edad podía tener Ruprez en 1982? Menos de treinta años. Joven para desistir. Alexis se sentía cada vez más obsesionado con aquella historia. En la segunda clase comprendió que él no estaba hecho para escribir. Era como si le dieran miedo las palabras. Y no experimentaba ningún placer alineándolas. Sin embargo, no deseaba dejar de participar en el taller. En primer lugar, porque le agradaban el ambiente y la compañía de las tres mujeres con la A, pero había otra razón, más particular: se sentía magnetizado por aquel escritor que ya no escribía. Le parecía que tenía algo que hacer allí, era una intuición. Si no escribir una novela, tal vez vivir una». (p. 16)

MARIE

Marie nunca se puso de acuerdo con Alexis respecto a quién fue el primero en acercarse en la fiesta donde se conocieron. Lo que sí recuerda es que la muerte de Lady Di, aquella misma noche, marcó el inicio de un enamoramiento que, para ella, comenzaría a desvanecerse al cabo de unos años, después de la angustiante búsqueda de un embarazo y el nacimiento de Clara. Fue la monotonía de la vida doméstica compartida con un hombre amante del orden y la previsibilidad, lo que desgastó un amor que, reconoce, ya estaba agotado cuando en lugar de volver a casa después de un rodaje, decidió encerrarse en el piso de un compañero

de profesión y fugaz amante. Muchos años después de la separación, al ver a su hija en coma, Marie consigue hacer las paces con Alexis y reencontrar en él un refugio que la ayuda a transitar la angustia. Los separa, como siempre, un modo muy distinto de entender la realidad: Alexis se aferra a sus principios cartesianos, mientras Marie coquetea con el esoterismo e, inspirada por el don de su hija, elige seguir un camino en el que espiritualidad y amor confluyen.

«Habían disfrutado tanto juntos. Ambos estaban en condiciones de reconocer que ninguna historia, después de la suya, había sido tan gratificante. Marie se había culpado por haberlo echado todo a perder, si bien no podía arrepentirse de nada. Sin embargo, había sido humillada por un hombre a la vez que dejaba de lado al que siempre se había mostrado indulgente. Así era; vivía las cosas con intensidad y hasta sus últimas consecuencias, indiferente al riesgo. A menudo afirmaba que no había que escatimar en dolores potenciales. Pero ahora ya no quería sufrir más y soñaba con acurrucarse contra Alexis para guarecerse del desastre». (p. 85)

EXTRACTOS POR TEMAS

VIDAS TRUNCADAS

«Él no era J. D. Salinger; nadie lo atosigaba. Pero el abandono de su ambición literaria le confería un aura innegable, y también cierto misterio. ¿Qué habría pasado? Tal vez Ruprez hubiera sufrido demasiado escribiendo. Cuántos artistas no acaban renunciando a crear con tal de no hacerse añicos el corazón. Escribir era buscar en el fondo de uno mismo una intimidad, una verdad, y la búsqueda podía tornarse desesperación. Otra posibilidad: Ruprez juzgaba que ya lo había escrito todo. Era un Rimbaud que se había quedado en París. En vez de cazar elefantes en África, se enfrentaba a una panda de aprendices de escritor. ¿O tal vez consideraba ya dominado su arte, igual que Michel Butor abandonó un buen día la forma novelesca para volcarse únicamente en el ensayo? ¿Sería quizá de la opinión de Philip Roth, que lo dejó todo con ochenta años para no vivir sometido «a la tiranía de la escritura?»» (pp. 15-16)

«Cada noche, tras acostar a Clara, se sentaba en la cocina a llorar. Aguardaba todo el día ese instante que por fin le permitía aliviar su pena. Llorar le sentaba mal y a la vez bien. Se encendía un cigarrillo, él, que fumaba tan poco, como para colmar su herida entre las volutas de humo. La triste ceremonia nocturna duró meses; luego pasaron los años. Conoció a Florence y le dijeron: «Has rehecho tu vida». La primera vez se quedó como paralizado ante aquella expresión tan brusca. Él no había rehecho nada, seguía deshecho. Pero no existían impedimentos para que la felicidad se erigiera sobre ruinas. Daba igual lo que viviera: una parte de su alma nunca abandonaría a aquella mujer que formaba ya parte del pasado». (p. 52-53)

«El hecho de no haber contestado a Clémence Durantel había desatado aquella oleada. ¿De verdad era necesario que se tomara el tiempo de tranquilizar a los demás cuando él mismo estaba abrumado por el sufrimiento? Desde que había traspasado las puertas del hospital, el mundo exterior

había dejado de existir. Su vida entera se limitaba ahora a unos pasillos teñidos de luz amarillenta que él recorría con la esperanza de que caminar lo aliviara un poco de la realidad. Pero debía contestar. ¿Qué escribía uno en estos casos? ¿“Mi hija ha tenido un accidente...”? ¿Algo más directo? ¿“Mi hija está en coma”?» (p. 79)

«Con el ímpetu de la juventud, y dotado de un ego demasiado inflado para tolerar que lo hirieran, había optado por una aparatosa renuncia. Todo le resultaba patético; nunca debería haberse dejado obnubilar por el mundo exterior. El artista debe, ante todo, ser dueño de su intimidad, atrincherarse en una vida interior impermeable a cualquier intromisión. Una vez realizada la obra —solo entonces— puede tratar de avanzar hacia la luz. A Ruprez lo habían menoscabado demasiado la amargura y el fracaso de su primera novela. El menor inconveniente, la más ínfima peripecia diferente a sus expectativas, tenía el poder de destruirlo. En aquel entonces avanzó hacia una segunda novela, cabizbajo, como un animal herido. Una pequeña dosis de azar bastó para darle la puntilla». (p. 186)

LA FELICIDAD PERDIDA

«A las parejas les encanta desmenuzar los primeros gestos, las primeras palabras, los primeros elementos de lo que resultará ser decisivo. Esta obsesión narrativa entraña una pequeña tragedia: el primer encuentro solo puede vivirse una vez. Con las palabras revisitamos una felicidad que se agota». (pp. 18-19)

«Eran dos actores que retoman los diálogos de una obra interpretada mucho tiempo atrás. El amor termina mal, como se suele decir, y el suyo no había sido la excepción a esta regla. El saqueo se había saldado llevándose los mejores recuerdos, en una especie de depuración afectiva. Con el tiempo no habían logrado visitar la parte bonita de su relación y habían tolerado la hegemonía de la amargura. Aquella mañana, no sin cierta estupefacción, se reconciliaron con una ternura antigua». (pp. 84-85)

UNA HIJA ÚNICA

«El nombre lo escogieron en referencia a una película cuyo encanto atravesaba las décadas con una elegancia desfasada. Para el segundo nombre dudaron entre Juliette y Madeleine, hasta que se decantaron por Diana. Cada tarde, los padres atónitos se acercaban a la cuna para admirar a aquel bebé inesperado. ¿En qué estaría pensando Clara para haber tardado tanto en aparecer? ¿Rechazaba el mundo? Al principio fue una sensación fugaz, pero una certeza acabó por trastornar a Marie: su hija no sería una niña como las demás». (p. 25)

«¿Debían considerar aquella evocación de sus comienzos como una señal que presagiaba su futuro? En cualquier balbuceo puede ocultarse un desenlace. En el corazón de un verano en el que todo parecía detenido, Clara amagó un regreso a la vida. Por lo general, los despertares se producen de forma súbita. Alexis y Marie advirtieron un día algo así como

unas sombras nuevas en el rostro de su hija. Parecía como si buscara un camino. Era un cambio insignificante, invisible para la mayoría de las miradas, pero no para las de sus padres». (p. 100)

POR OBRA DEL AZAR

«La policía y los bomberos habían cortado la calzada, la multitud arracimada estaba en shock; algunos lloraban. Alexis y Marie acabaron por cogerse de la mano, sin saber muy bien por qué, seguramente por influjo de la emoción colectiva; seguramente, también, para reconocer que estaban enamorándose. Nunca olvidarían la extrañeza de aquel contacto. A ese respecto no hubo la menor duda: su historia nació en el momento exacto en que el coche de Lady Di se estampó contra uno de los pilares del puente del Alma». (p. 19-20)

«Finalmente dieron con el vehículo. “Va, ponte tú delante”, le propuso Lola a su amiga. Jamás olvidaría esta frase. Se sentiría culpable por no haber ocupado ese asiento, y a la vez increíblemente afortunada. Todo se confundiría en sus pensamientos, formando un embrollo barroco. Seguiría preguntándose toda su vida: “¿Por qué ella y no yo?”. La única respuesta sería reconocer el poder del azar. Naturalmente, su año escolar resultaría catastrófico. A pesar de la buena voluntad del equipo docente, Lola repetiría. Aunque era más bien amante del deporte, empezaría a fumar. Iría a buscar la negrura en su interior, como un refugio. Le llevaría meses poder, por fin, contemplar de nuevo su reflejo en un espejo». (p. 70)

«Al padre de Lola, por lo común manso, le irritaba tener que atravesar la ciudad para tomar la autopista. Sin embargo, se incorporó bastante rápido a la A86. Por desgracia, habría sido preferible que se quedasen atrapados en las calles de los alrededores del castillo. Los elementos se configuraban para propiciar la tragedia inminente. Es posible analizar hasta la locura la acumulación de motas de polvo que destruyen un destino». (p. 71)

«Ruprez no pudo por menos que ver una señal. En el momento preciso en que se había citado para entregar su manuscrito, se veía arrastrado por el éxito fulminante de otra escritora. Para colmo, a cuenta de un libro que había ocupado sus pensamientos durante semanas. El destino deseaba decirle algo. Todo le parecía cristalino. Jérôme Lindon ya no querría saber nada de él; estaba a punto de hacer el ridículo. Era incapaz de ponerle freno a esa sensación de vergüenza y apuro. Solo tenía que salvar apenas unos metros para saludar a su editor y felicitar a la galardonada, pero aquello era superior a él». (p. 168)

ENTRE LO IMPROBABLE Y LO EXTRAÑO

«Cuidaba de ella hasta el momento en que el sueño se avenía por fin a liberarla. Marie tomaba somníferos y él procuraba que lo hiciera en dosis razonables. Guardaba la frontera entre la necesidad imperiosa de descansar y la de abandonarse. La primera noche, Alexis dudó si tumbarse a su lado, pero le pareció demasiado *incongruente*. Seguramente no sea la

palabra correcta; hay situaciones que se salen de las pistas del diccionario. Sería necesario un término perdido entre lo improbable y lo extraño. En todo caso, no se sintió autorizado a acostarse en la misma cama que Marie». (p. 82)

«Al margen de la extrañeza de la historia, Alexis y Marie constataron, sobre todo, hasta qué punto su hija estaba perturbada. Trataron de tranquilizarla, sobre todo Marie, que había tenido sus contactos con el universo de lo paranormal. Durante una época, su curiosidad la había llevado a recurrir a no pocas médiums. Algunas predicciones la habían impresionado. Para ella era evidente que Clara tenía un don; era preciso protegerla y estar a su lado. A Alexis, más cartesiano, lo incomodó aquel relato. En su opinión, esa era la clase de peripecias que se veían en el cine, como en *El sexto sentido*, por ejemplo.

Se sentía como si un guionista se hubiese adueñado de su familia para lanzarla a una aventura en los confines de la realidad». (p. 127)

«Alexis había oído historias increíbles en boca de personas con credibilidad. En cambio, antes de Clara nunca nadie le había echado las cartas. Desde siempre había preferido evitar conocer de antemano las malas noticias y dejarse sorprender por las buenas. Tenía sentido. Las últimas semanas había leído mucho sobre ciencias ocultas en general. Quería disponer de las armas necesarias para conversar con su hija. Reflexionó acerca de lo violentas que habían sido algunas épocas; a veces se habían ensañado contra quienquiera que mantuviese un vín-

culo —real o presunto— con lo paranormal. Y le parecía que hoy en día sucedía lo contrario. La sociedad valoraba a los amantes de lo misterioso, se prosternaba ante lo irracional. ¿Era una señal tangible de la fragilidad de los tiempos? En el caos contemporáneo, hacía más falta que nunca dar sentido a la vida; y el sentido más oculto era sin duda el más emocionante». (p. 133)

LA ESCRITURA Y LOS CONTORNOS DE LA RAZÓN

«Ruprez era un cartesiano pesimista. Replegado en una realidad gris, nunca había sido muy sensible a lo que trascendía los contornos de la normalidad. Sin embargo, el vínculo entre escritura y misticismo encarna un maridaje obvio. ¿Podemos realmente acercarnos a la belleza sin ayuda de lo indefinible? En toda creación, la parte ausente de la razón es siempre la más activa. Se trata en ocasiones de una mera intuición; las más de las veces son las sensaciones las que iluminan el largo camino de la confusión. Por lo demás, no es raro que un escritor entienda la dimensión íntima de su libro solo después de haberlo escrito. El inconsciente se desarrolla plenamente entre las comas. Al dejar de escribir, Ruprez había descuidado todo lo que no se veía». (pp. 148-149)

«El autor de *La metamorfosis* se despedía de la vida con sufrimiento, sin poder hablar, en un sanatorio cuyo decorado era una mera antecámara de la muerte. Su última compañera sentimental, suerte

de presencia divina y silenciosa, le cogía la mano, esa mano que ya no escribiría más. Nadie podía imaginar entonces el brillo indecente de su futura posteridad; ningún perfume de gloria flotaba en el ambiente. Sobre todo, porque el escritor le dio a su mejor amigo la orden de deshacerse de todos sus manuscritos. La historia de la más hermosa traición literaria, puesto que el amigo no mantuvo su palabra. Al final, Ruprez abandonó aquel texto y escribió *El miedo a los segundos*, el relato de otra decadencia. No es raro que un escritor, a veces sin darse cuenta, escriba siempre el mismo libro». (p. 150)

«Tachaba, reescribía frases cojas en su cuaderno grande de espiral, alternando entre momentos de excitación en los que se sentía como si tuviera una auténtica obra maestra entre manos y otros en los que se veía como un mediocre. Escribir era para él ese ir y venir constante entre la autoestima y el autodesprecio. Así pasaron los meses, en esa montaña rusa emocional». (p. 151)

CERRAR EL CÍRCULO

«En el momento en que la vigilante se disponía a contarles aquella anécdota, Clara les hizo una seña para que se acercaran. Alexis y Marie quedaron conmocionados por la belleza de la escultura. Había algo sublime en atravesar los siglos adoptando la postura de una pena irreversible. Uno puede fallecer, pero el dolor de haber perdido al ser amado nunca morirá. Algunos sentimientos saben a posteridad; son las obras de la ausencia».

«Barajaron la idea de continuar con aquella nueva versión de la pareja, pero algo los incomodaba a ambos. La resurrección sentimental iba aparejada a un periodo de sufrimiento, un periodo que era menester dejar atrás. De su reencuentro afectivo habían extraído fuerzas para sobrevivir. Una manera de no hundirse. ¿Quería eso decir que se amaban de nuevo? No estaban nada seguros. Por lo demás, si volvían a unirse, les daba miedo estropear la nueva serenidad que habían alcanzado. La pareja es, intrínsecamente, una aventura arriesgada para mantener la armonía entre dos personas. Era una situación compleja, pero según iban pasando las horas veían cada vez más claro que debían quedar como amigos. Por fin le iban a ofrecer a Clara lo que ella tanto había esperado: una relación plácida entre sus padres». (p. 105)

«Clara estaba viva y había que plantearse el futuro con respeto. Al salir de su negocio aquel día, el hombre la vio de inmediato. Muchas veces había mirado fotos suyas en su cuenta de Instagram y se había sentido trágicamente unido a ella. Ataviada con un vestido blanco ligero y calzada con unas sandalias también blancas, Clara permanecía muy erguida en la acera, con el rostro inexpresivo. Era como *una aparición*. El hombre se acercó a ella. “¿Qué hace usted aquí?”, balbució. “Solo quería decirle que no le guardo rencor. Es importante para mí que lo sepa”. El hombre se echó a llorar por segunda vez. Preguntó si podía darle un abrazo; ella accedió. De aquel contacto nació un círculo; todo podía volver a empezar». (p. 142)

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. En *Todos aman a Clara*, la atención se dirige, en primer lugar, a Alexis Koskas, el padre de Clara. ¿Por qué pensáis que el autor decide comenzar el relato con este personaje? ¿Qué representa Alexis en la novela?
2. Antes del accidente, en la vida de Alexis hubo otro acontecimiento que trastocó su existencia: el fracaso de su matrimonio. ¿Cómo influye la separación en su relación con Clara? ¿Cómo definiríais el vínculo entre padre e hija?
3. La vida de Alexis da un nuevo vuelco cuando Clara sufre un accidente y queda en coma. ¿Qué sentimientos desata el accidente en él? ¿Se opera una transformación en él? ¿Y en Marie? ¿Por qué Alexis y Marie tienen la necesidad de acercarse durante los meses que Clara pasa en coma? ¿Qué los une en esos momentos?
4. Alexis y Marie se conocen la noche en que muere Lady Di, muy cerca del lugar del accidente. Muchos años después, su hija sufre un accidente que casi le cuesta la vida. ¿Cuál es el simbolismo de los accidentes en la novela? A partir de estos accidentes y el impacto que tienen en esta familia de tres, ¿cuál es el rol que desempeña el azar en las vidas de los personajes? En la novela, ¿existe lugar para el azar o las casualidades se ordenan bajo la forma del destino? ¿Hay una frontera clara entre azar, destino y libre albedrío?
5. Al ver a su hija entre la vida y la muerte, Alexis deja su trabajo en el banco y se inscribe en un taller de escritura. ¿Qué significa para él el taller de Eric Ruprez? ¿Y para sus compañeras? ¿Cómo se retrata en la novela este tipo de espacios de creación? ¿Y la relación amateur con la escritura?

6. Mientras el drama despierta la faceta creativa de Alexis, ¿qué ocurre con Clara cuando despierta? ¿Cómo se vincula con su don? ¿Lo considera una fuente de poder o lo vive como una carga que la condena al aislamiento? A lo largo de la novela, ¿cambia su manera de entender el don?
7. La clarividencia, siente Clara, es un don que le confiere popularidad y, al mismo tiempo, la convierte en una persona temible y extraña. Como le dice su maestra, Olga Kirouz, Clara puede aprender a utilizar su don, pero debe saber que ya nadie la mirará del mismo modo y muchos se acercarán solo para sacar provecho de sus visiones. La soledad se impone en la vida de la que antes era una adolescente alegre y extrovertida. Su soledad, ¿tiene algo en común con la que experimenta Alexis cuando Marie lo deja? ¿Se parece a la de Eric Ruprez? ¿Y qué ocurre con Clémence Durantel? ¿También se siente sola? ¿Cómo se introduce en la novela el motivo universal de la soledad?
8. En la novela, muchos personajes se ven expuestos a la soledad. El amor es otro de los motivos recurrentes en una obra donde se desarrollan varias historias de amor: la de Ruprez y Mathilde, la de Alexis y Marie, y las que ellos tienen después de separarse. ¿Existe una conexión o algún punto en común entre estas historias? ¿O diríais que reflejan distintos tipos de amor? Entre todas estas historias de amor y desencuentro, ¿qué representa la de William Wetmore Story y su esposa Emelyn? ¿Y en qué lugar queda el amor paterno?
9. Impulsada por sus visiones, Clara les pide a sus padres que la lleven a Roma para ver una escultura en el cementerio protestante: *El ángel del dolor*. ¿Por qué la adolescente siente tanto interés por esta pieza escultórica? ¿Qué representa esta obra? ¿Y cuál es el significado que adquiere en la novela?
10. Desde que sale del coma, Clara se convierte en una lectora voraz. Entre todo aquello que lee, hay una frase de Patrick Modiano que llama especialmente su atención: «solo tenía veinte años, pero mi memoria era anterior a mi nacimiento». La frase resuena con la experiencia mística de la protagonista y su capacidad para ver el pasado. Más allá del don

de la clarividencia, ¿cómo se puede interpretar esta frase? ¿Qué nos dice acerca de la memoria personal? ¿Y acerca de la frontera entre pasado y presente?

11. *Todos aman a Clara* es una novela donde algunas fronteras se difuminan, como la de la vida y la muerte, o la del azar y el destino. A través del don de Clara, ¿qué sucede con el límite entre la razón y el pensamiento mágico? ¿Cómo se aborda el esoterismo? ¿Cuál es el papel que tiene la mística en la vida de personajes como Marie o Ruprez? ¿Qué reflexión se hace respecto a la necesidad de abandonar o dejar en suspenso la razón cartesiana para dar paso al pensamiento mágico?
12. Eric Ruprez, al igual que Alexis, es un hombre cartesiano. A raíz de su encuentro con Clara, sin embargo, su aparente racionalidad muestra algunas grietas. ¿Cómo es la evolución de este personaje? En un plano simbólico, ¿cuál es la conexión entre su historia y la de Clara? ¿Ambos personajes experimentan un despertar?
13. Tras publicar una única novela, Eric Ruprez renuncia a la escritura. ¿Qué lo conduce al silencio? ¿Cómo se trata en la novela el tema del fracaso? Además de lo que le ocurre a Ruprez con *El miedo a los segundos*, ¿se habla de más fracasos en la novela? ¿Y de la posibilidad de sobreponerse a ellos?
14. Clara tiene un mensaje breve y claro para Ruprez: 4 de febrero de 1912. La fecha corresponde a una entrada de los diarios de Franz Kafka. ¿Cuál es la importancia de ese fragmento de los diarios? ¿Cómo resuena con la experiencia del joven Ruprez? ¿Y qué dice la novela respecto a la angustia de las influencias? ¿De dónde surge esta angustia?
15. A lo largo de la novela, se cita a Patrick Modiano y a Franz Kafka, y se habla de la obra de escritores como Marguerite Duras y Milan Kundera, entre otros. ¿Cuál es el rol que tiene la literatura para Ruprez y para Clara? ¿Qué sentido se le atribuye a la literatura y el arte?

16. En la novela se dice que entre escritura y misticismo hay un maridaje obvio. ¿Cómo interpretáis la relación entre la práctica creativa y el estado místico? ¿Pensáis que tienen algo en común? ¿La literatura o el arte pueden contribuir a acceder a un sentido oculto que hace nuestra realidad más comprensible o llevadera? ¿Nos acercan a lo eterno? ¿De qué manera?

EL AUTOR



© Catherine Hélié

DAVID FOENKINOS nació en París en 1974. Licenciado en Letras por la Universidad de la Sorbona, recibió también una sólida formación como músico de jazz. Entre sus novelas, acogidas con entusiasmo por los lectores y la crítica en todo el mundo y traducidas a muchos idiomas, destacan *El potencial erótico de mi mujer* (Premio Roger-Nimier 2004), *En caso de felicidad* (2005), *Los recuerdos* (2011), *Estoy mucho mejor* (2013) y, sobre todo, *La delicadeza* (2009), que fue merecedora de diez galardones y resultó finalista de los premios literarios más prestigiosos en Francia, como el Goncourt, el Renaudot, el Médicis, el Femina y el Interallié, y que posteriormente fue llevada al cine por el propio

autor y su hermano Stéphane. En 2010, Foenkinos, melómano y fan incondicional de John Lennon, decidió lanzar una singular biografía novelada, *Lennon*, con la que Alfaguara inició en 2014 la publicación de su obra. En 2015 obtuvo los premios Renaudot y Goncourt des lycéens por *Charlotte* (Alfaguara, 2018), un libro único que rescató del olvido a la pintora Charlotte Salomon. Tras el éxito de *La biblioteca de los libros rechazados* (Alfaguara, 2017), adaptada al cine, Alfaguara ha publicado también *Hacia la belleza* (2019), *Dos hermanas* (2020), *La familia Martin* (2021), *Número dos* (2022) ganadora del Prix Nice Baie des Angés, *La vida feliz* (2024) y *Todos aman a Clara* (2026).

LA CRÍTICA HA DICHO

«La nueva novela de David Foenkinos es uno de los mejores libros para leer este año». *Cosmopolitan*

«Una vez más, David Foenkinos consigue llevarnos a donde no esperábamos». *Le Parisien*

«Un libro tierno y conmovedor». *Nouvel Obs*

«Tras convertirse en un autor imprescindible con *La delicadeza*, el escritor regresa con una novela sobre el azar y el destino, pero también sobre los misterios de la escritura». *Madame Figaro*

SOBRE *LA VIDA FELIZ*

«Foenkinos evidencia una vez más que la vida es una “tragicomedia”. Impecable». Laura Giménez Pérez, *ABC*

«Foenkinos retrata, con su característico sarcasmo emotivo y su habitual profusión de aforismos, a dos personajes atrapados en los vaivenes de la vida, luchando por ser cualquier cosa menos ellos mismos». Raquel R. Incertis, *El Mundo*

SOBRE *NÚMERO DOS*

«Foenkinos urde una ficción impecable que se devora. [...] Número dos merece llegar al número uno». Màrius Serra, *La Vanguardia*

«Un acto de justicia poética». Justo Barranco, *La Vanguardia*

